

# EL TEATRO

DIRECTOR  
JOSÉ DEL PERAL

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION  
57, SANTA ENGRACIA, 57

BIBLIOTECA  
Comunidad  
de Madrid



PRIMERA ACTRIZ D.<sup>a</sup> CARMEN COBEÑA, DEL TEATRO ESPAÑOL, EN «LA MURALLA»

FOT. COMPANY



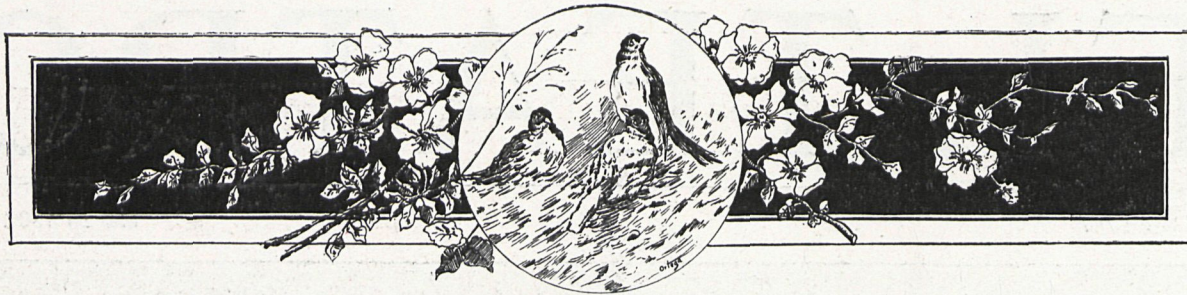
# EL TEATRO

Núm. 17

Marzo 1902



SRTA. LORETO PRADO EN «LA TRAPERA»  
FOT. CALVET



## CRÓNICA GENERAL

**T**omás Luceño, el insigne sainetero, ha dado una vez más pruebas de su exquisito gusto literario, llevando al escenario de nuestro clásico teatro la refundición de la comedia de Lope, *La moza de cántaro*.

No influyen en Luceño las corrientes modernistas de los *intelectuales* que ahora campan por sus respetos en los escenarios de la Corte. La labor de Luceño, muy meritoria por cierto, reduce en *La moza de cántaro* a hacer de esta obra una comedia amena y entretenida. No hay en ella simbolismos ni caracteres ininteligibles. Sujetándose en todo a los viejos procedimientos, *La moza de cántaro* tiene su *exposición*, su *nudo* y su *desenlace*, caracteres perfectamente definidos y acción interesante y movida que desde las primeras escenas se apodera de los espectadores.

La comedia fué recibida por el público con grandes y prolongados aplausos. El arreglo de la obra está hecho con mucho acierto, y las modificaciones que en ella ha introducido Luceño acreditan su maestría en el difícil arte dramático y su perspicacia para preparar los efectos.

Ha sido, indudablemente, *La moza de cántaro* una de las obras que más positivo éxito han alcanzado en la temporada que ya termina y que tan estéril ha resultado para el arte.

Más fecunda—sobre todo en acontecimientos—ha sido la campaña lírica hecha por el Teatro Real.

Al estreno de *Hansel und Gretel* ha seguido ahora el de una nueva ópera española, original de un distinguido compositor: Ramón Montilla.

*Venganza gitana* titúlase este primer ensayo lírico, y en él su autor revelase como compositor de grandes talentos que ha de producir obras geniales.

*Venganza gitana* fué puesta por vez primera en el Teatro Andreani, de Mántua (Italia). Allí escuchó el joven Montilla los primeros aplausos, y sancionada la obra en el extranjero, no ha tenido inconveniente en autorizar el estreno de su ópera en España.

La situación anormal en que nuestro primer teatro lírico funciona, es la causa de que la ópera de Montilla no alcance las representaciones que merece, pues habiendo sido puesta en escena en las pos-trimerías de la temporada, no queda tiempo hábil para darla a conocer como sería de desear.

Este es un cargo contra la dirección artística del Teatro Real, pero que en el caso presente no debe tomarse en cuenta por las excepcionales circunstancias por que aquel teatro atraviesa, circunstancias que cada día han de agravarse más mientras no se aplique el remedio.

La carencia casi absoluta de artistas de mérito y

las exigencias de las colectividades que del Teatro Real viven, son las dos grandes causas de la decadencia del arte lírico.

Asusta ver que de un abono de trescientas mil pesetas escasas, solo la orquesta percibe más de veintitres mil duros, imponiendo condiciones verdaderamente humillantes. La orquesta del Teatro Real, asociada como está, es el dogal que sujeto a la Empresa amenaza darla muerte rápida.

Mientras estas causas no desaparezcan; mientras no surja un empresario que no quiera someterse a la tiranía de los músicos, y que se decida, aunque sea imponiéndose un sacrificio, a traer de fuera una orquesta mejor organizada, más dúctil y disciplinada, el Teatro Real agonizará lentamente.

Compónese la orquesta de nuestro primer teatro lírico de elementos apreciables, pero que, en su afán de perseguir el lucro antes que un ideal artístico, hánse convertido en industriales de la música. La mayor parte de estos elementos, además de pertenecer a la orquesta del teatro y percibir su sueldo como tales, son ó profesores del Conservatorio, ó individuos de la banda de alabarderos, ó profesores de iglesias y capillas, y todos, además tienen sus lecciones particulares. Claro es que no disponen de tiempo ni siquiera para ensayar, y de ahí resulta la escasa variedad que puede darse a los espectáculos en que ellos toman parte, así en las funciones de ópera como en los conciertos que en otoño y primavera ofrecen al público, conciertos en los cuales desde hace diez años vienen anunciándose el mismo programa y las mismas composiciones.

El género chico ha enriquecido también durante los últimos días su repertorio con dos nuevas y brillantes producciones de las que ahora están en boga.

*La manta zamorana*, de Perrín y Palacios, en la Zarzuela, y *La boda*, de García Álvarez y Casero, en Eslava, han sido los dos éxitos de más consistencia y que mayor entusiasmo han despertado en el público.

Ambas, adornadas con números de música de los que pronto se hacen populares, alcanzarán muchos cientos de representaciones.

Y cerramos esta crónica recogiendo dos notas tristísimas: la muerte de Vico, el actor genial, y la de Javier de Burgos, el saladísimo sainetero.

EL TEATRO hace constar su sentimiento profundo por tan dolorosas pérdidas, y se propone honrar la memoria del actor insigne, gloria y orgullo de nuestro teatro contemporáneo...

José JUAN CADENAS.



MICHI  
(Srta. Domus.)

NESTORIO  
(Sr. Rodríguez.)

RITA  
(Sra. Valverde.)

ACTO I.—ESCENA IV

FOT. FRANZEN

## EL HIMNO DE RIEGO

EPISODIO HISTÓRICO EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE DON PABLO PARELLADA

Si los partidarios de la verdad en el teatro se preocupasen mucho de las opiniones de críticos y criticantes, el estreno del episodio de *El Himno de Riego* hubiera sido para ellos un golpe terrible: ni uno solo de cuantos escriben de teatros ha dejado de afirmar que la obra adolecía del gravísimo pecado de inverosimilitud; y la obra, su autor lo ha dicho á cuantos han querido oírle, es tan fiel reproducción de la realidad, que apenas si hay en ella alguna situación que no sea una anécdota, sin más variación que el nombre de los personajes. Del tipo capital de la obra, del cesante que pasó por cura para matar con un sueldo decente su hambre atrasada, recuerdan muchos, y los que mejor conocen el caso, dicen que Parellada al llevarla á la escena, lejos de exagerar, le ha atenuado mucho, siquiera en la atenuación haya encontrado fuente casi inagotable de efectos cómicos, pintando al protagonista de la comedia esertípulos de conciencia que el protagonista de la realidad no sentía, á lo menos en tan alto grado.

Cuentan, en efecto, las crónicas, que el pseudo-capellan de la cárcel nombrado *velis-nobis* para aquel puesto, sin más licencias que su cara afeitada

y su aspecto clerical, llegó á decir misa más de una vez, y si es así, no hay duda de que el autor de *El Himno de Riego* no se ha excedido en la pintura y, por el contrario, ha querido mantener á su protagonista muy del lado acá de las fronteras del sacrilegio: el tipo tan deliciosamente representado por Manolo Rodríguez, no se atrevió en el teatro á tanto como su original en la realidad.

Y lo mismo que se dice de este personaje y con él del asunto de la comedia, pudiera aplicarse á otras situaciones, á otros personajes y aún á frases de la obra; así, por ejemplo, el diálogo puesto por Parellada en boca del protagonista y de Estévez cuenta al público el primero, es rigurosamente histórico, con la sola variante de que quien dijo:—¡No tengo destinos! no fué Estévez sino D. Amós Salvador, y quien respondió:—¡Pues para usted ya le hubo, y bueno! No fué tampoco el pseudo-cura del Saladero, sino un pretendiente riojano mal avenido sin duda con las desigualdades humanas que no hacen santos de todos los ciruelos.

—*El Himno de Riego* es, pues, un verdadero centón anecdótico, y esto, no obstante, á los críticos parecióles la obra inverosímil. Habría con esto motivo



NESTORIO  
(Sr. Rodríguez.)

PACO  
(Sr. Montenegro.)

LISARDA  
(Srta. Rodríguez.)

RITA  
(Sra. Valverde.)

ACTO I.—ESCENA IX

FOT. FRANZEN

bastante para renegar de la verdad en el teatro, á no temer que los críticos hayan olvidado, al emitir sus juicios, que la realidad es más pródiga en sucesos maravillosos, que el cerebro más dado á la fantasía y más fecundo en invenciones.

Verdad es que por esto mismo los viejos tratadistas de preceptiva literaria tuvieron, y en esto se ve la razón del juicio de los críticos, buen cuidado en establecer diferencias entre lo verosímil y lo verdadero: ni lo verosímil necesita ser verdadero, decían las retóricas, ni lo verdadero es siempre verosímil. Hay cosas que aún vistas no se creen, y hay otras, en cambio, que, aún no teniendo ni remotos barruntos de realidad, pueden ser creídas á piés juntillos.

Admitido esto, que realmente es ciertísimo, puede darse por buena la opinión contraria á *El himno de Riego*, manifestada por algunos, pero con una condición previa: la de que se tomen el trabajo de demostrar que, en efecto, lo que en la comedia ocurre, aún siendo verdadero, no es verosímil.

Semejante demostración no es fácil, ni mucho menos. Si los encargados de aceptarla son gentes bien comidas y bien abrigadas, dirán de juro, que la inverosimilitud es evidente, que nadie hace la

atrocidad de pasar por presbítero sin serlo; pero si por el contrario son gentes que hayan sentido alguna vez el acicate del hambre, las injurias del frío y las amargas de la falta de hogar, tal vez contesten que eso y mucho más se hace cuando se vive en la miseria, y que, ya lo dice el vulgo con su profunda filosofía: el hambre es muy mala consejera.

Planteada así la cuestión, resolverla es difícil, pero ya que no en absoluto, de un modo relativo, y por comparación cabe decidir el pleito. Basta para ello examinar parangonándolos *El himno de Riego* y cualquiera de los *vaudevilles* que con ó sin etiqueta extranjera suelen servirnos en los teatros que cultivan el género cómico; así se ve fácilmente que la obra de Parellada no es ni más ni menos inverosímil que otras muy aplaudidas, y que todo depende en este género de producciones de la petición de principio de que habló el crítico francés: lo difícil es tragar la píldora, después todo es lógico y nó hay por qué tacharlo de inverosímil.

Pero el Sr. Parellada ni siquiera ha querido aguardar á que alguien haga ese parangón para demostrar á todos la verosimilitud de su obra, y al publicarla, se ha cuidado muy mucho de



DON PABLO PARELLADA  
AUTOR DE  
«EL HIMNO DE RIEGO»





SRTA. CONCEPCION CATALA, DEL TEATRO DE LA COMEDIA, EN «LA CORTE DE NAPOLEÓN»

FOT. BORKE





NESTORIO  
(Sr. Rodríguez.)

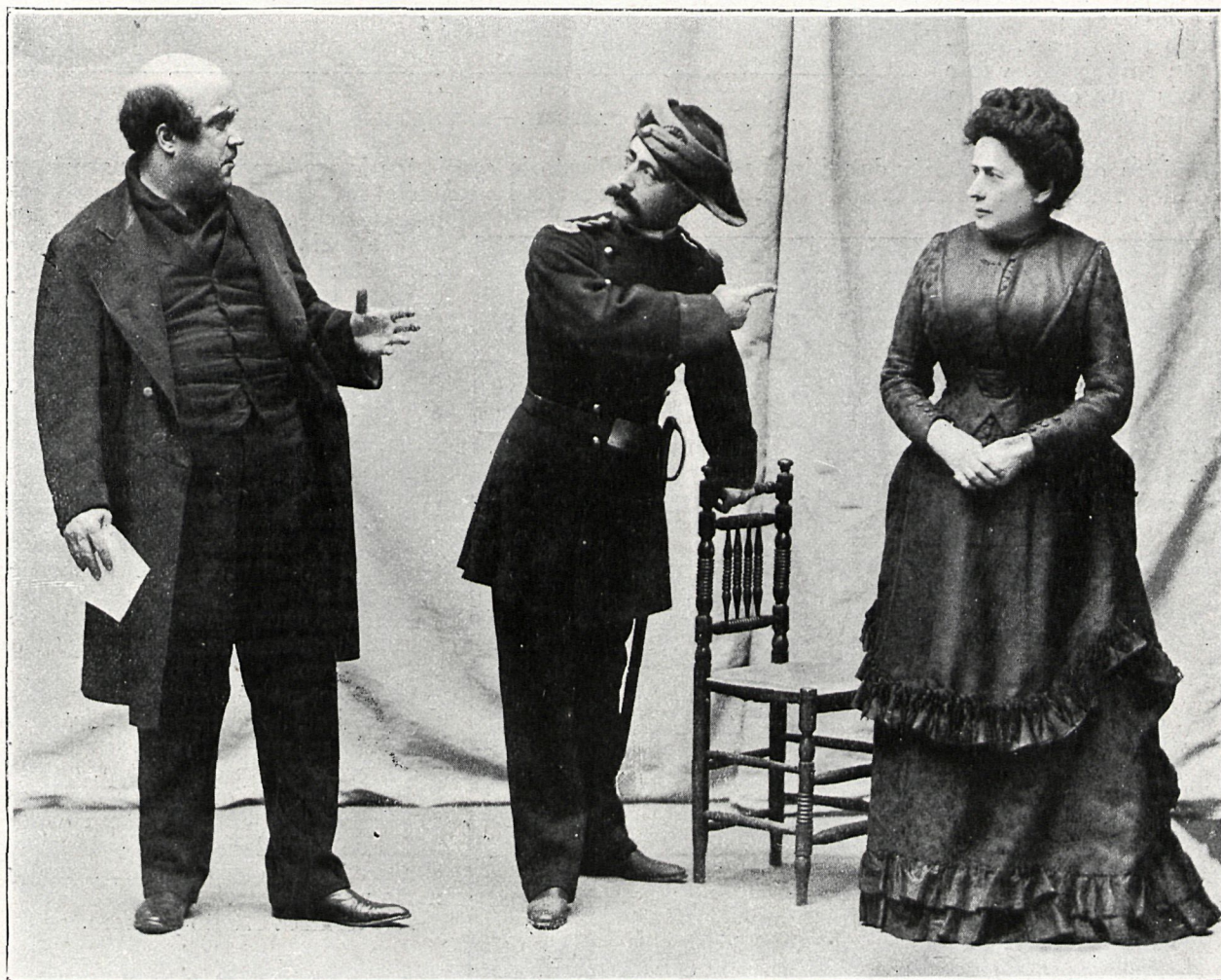
ponerla notas en que va á cada episodio señalando lugares y personas: así resulta *El Himno de Riego* una obra documentada.

Y las anotaciones resultan más curiosas, por referirse precisamente á los hechos que parecen más extraordinarios. Se afirma, por ejemplo, la verdad del episodio capital ocurrido entre Don Nicolás Estévanez, siendo gobernador de Madrid, y un cesante cuyo nombre calla prudentemente Parellada; se cita á D. Amós Salvador en otro episodio; se hace saber en otros momentos que los protagonistas de los hechos referidos son los actores Montenegro y Balaguer y el acróbata capitán Henrich, y se anota, por último, que determinados párrafos de un sermón que el protagonista ensaya, están tomados de un libro famoso del no menos famoso P. Claret. Con esto se acredita el Sr. Parellada de autor verídico; pero para que le tuviéramos por fiel copista del medio en que sus personajes se mueven y, sobre todo, para que lo reputásemos por autor de agudo y fino ingenio, no necesitaba tanto, le bastaba con su obra tal como se representa; es decir, sin las acotaciones con que después ha querido completarla.



JACINTO (Sr. Santiago)

Después de lo dicho, casi es inútil relatar el asunto de *El Himno de Riego*: se trata solo de los apuros de un infeliz cómico sin contrata, muy bien representado por Rodríguez, á quien un error del gobernador de la provincia y el hambre ponen á medias en el trance durísimo de pasar, no obstante ser casado y tener una hija, por capellán del saladero.



NESTORIO  
(Sr. Rodríguez.)

AMARILLO  
(Sr. Pacheco.)

RITA  
(Sra. Valverde.)